



## ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Poder para servir

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 10, 35-45 (29º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 21 de octubre de 2018)



Para interpretar la radiografía del mundo contemporáneo no basta con tener unos cuantos conocimientos de política, economía, sociología o antropología, entre otros. La realidad es tan compleja que, para hacer un análisis con un poco de rigor científico, hace falta el concurso de muchas personas que pongan en diálogo sus saberes y sus experiencias acumuladas.

Si esta participación interdisciplinar es necesaria para tener una interpretación de la realidad cuanto más importante y definitiva será la participación de muchos para gestionarla. No afirmo nada nuevo al decir que, hoy día, detentar cargos de gobierno o de gestión, además de no ser una tarea fácil, es profundamente desgastante y no goza del prestigio que tuvo en el pasado. No obstante, no son pocas las personas que se dejan la piel en la pugna por llegar al poder y ser actores estratégicos en la gestión de lo público. Unos con verdadera vocación de servicio y otros, desafortunadamente, por un ansia enfermiza de poder.

Soy consciente del mal nombre que tienen el poder y los poderosos y, sin embargo, con un poco de irreverencia, me atrevo a pedir al Señor que dote de poder a la Iglesia y a quienes hacemos parte de ella. ¿Qué tipo de poder es el que le pido al Señor? Obviamente no es el poder para dominar o para obtener beneficios propios sino el poder del **servicio sin límite**, que nos haría capaces de ser solidarios hasta dar la vida por las personas de quienes hemos sido constituidos servidores, hermanos y compañeros de camino.

La escena del Evangelio pone de manifiesto dos formas de entender el poder...

Los discípulos han escuchado en varias ocasiones **la forma de Jesús** de entender el poder como una entrega generosa de la vida al servicio de los demás, en especial de aquellos que carecen de lo esencial para llevar la vida con dignidad. Su amor a los demás se traduce en un servicio que se agacha para recoger y levantar a los hermanos a quienes la injusticia ha marginado, excluido y humillado. El servicio, entendido de esta manera, no hace alarde ni se ufana de sus logros, es silencioso y sencillo y toma el último lugar para dar el protagonismo a sus destinatarios.

**Los discípulos**, a pesar de haber escuchado la enseñanza del Maestro, se dejan seducir por el ansia de poder y, en lugar de reflexionar acerca de la forma de traducir su poder en servicio, discuten y debaten por los puestos de honor y dignidad. ¡No entendieron nada! o ¡no quisieron entender! La petición atrevida de Santiago y Juan le da pie a Jesús para insistir en cómo ha de ser el servicio desde la lógica del Evangelio: gratuito, que no busca el interés propio, humilde y generoso.

Desde la forma de Jesús de entender el poder quisiera concretar cuatro lugares en los que siento que la comunidad de discípulos está llamada a servir hoy:

**Servicio de la fe...** Anunciar con gozo, valor y humildad la buena noticia de Jesús que es la que da sentido a lo que somos y hacemos. El Evangelio y la centralidad en Jesús son nuestra carta de identidad y la hoja de ruta para nuestra misión. En medio del descrédito de las religiones nosotros queremos volver al Evangelio del servicio y de la misericordia; de la acogida y el perdón; de la ternura y la compasión. Desde el respeto a otros caminos y formas de entender la relación con Dios, proponemos la fe que a nosotros nos colma de ilusión.

**Servicio y promoción de la justicia...** La fe que profesamos quedaría estéril si no se traduce en una praxis de la justicia que sea capaz de construir un mundo de hermanos. Como lo he afirmado en otras reflexiones, el compromiso con las causas justas es una de las razones, quizá la mayor, para hacer creíble nuestra adhesión al proyecto de Jesús. La justicia es una demanda de la fe, no es un añadido, está íntimamente unida al anuncio del Reino.

**Servicio al diálogo...** Hace una semana el Papa Francisco canonizó al Papa del diálogo: Paulo VI. Siguiendo su enseñanza, la Iglesia se hace servidora del diálogo desarmado y respetuoso de la diversidad. Urge sentarnos a hablar e implementar la “cultura del diálogo” que enseña Francisco para compartir sueños e intuiciones con el universo de culturas diversas y con el abanico enorme de las religiones. El diálogo sincero y humilde tiende puentes y llena de armonía nuestro ser y nuestro quehacer.

**Servicio a la reconciliación...** El mundo necesita ser reconciliado, necesita puentes por donde transite la paz y el perdón. La Iglesia quiere servir la causa de la paz, el perdón y la reconciliación. Reconciliar a los desavenidos pidió San Ignacio a la naciente Compañía de Jesús. Hoy, con la Iglesia, queremos ser albañiles de puentes de reconciliación con los hermanos, con la creación, con Dios y, como no, con nosotros mismos.

Estos servicios requieren una actitud: “sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos”.